

garse de los ultrajes que ha recibido en toda la larga y agonizante dictadura porfiriana.....

—¡Bravo!—gritaron muchos, batiendo las manos con entusiasmo delirante, en tanto que Otilio y yo acariciábamos abajo del mantel las empuñaduras de nuestras pistolas, en previsión de un atentado.

Así fué como se celebró por nuestra gente en Jonacatepec, la toma de Ciudad Juárez por las fuerzas maderistas.

Aquella noche, orgiástica de sangre, de vino y de mujeres, era la precursora de una nueva tragedia, aún más sangrienta y más encarnizada.

El brindis de Martínez era todo un código de preceptos de la nueva moral zapatista que iba a seguirse cumpliendo por estos *redentores* del pueblo y *nuevos apóstoles* de la libertad.

## CAPITULO XXIV

### *La destrucción de Cuautla*

La madrugada del 12 de mayo de 1911 abandonamos la desolada Jonacatepec y nos hicimos rumbo a Cuautlixco.

El trayecto se hizo en ocho horas largas.

Nuestras huestes, al salir de Jonacatepec, ascendían a tres mil y tantas plazas, pero fueron engrosando las filas a medida que pasábamos por los pueblos.

—Vamos a la armada “chompas” (1).

—Vamos a ver qué se nos pega.

—Yo no quiero entrarle a la balacera.....

—No sías guaje, pos si al cabo que nos hacemos patos a lora de los cocolazos y aluego, cuando den permiso pa l'armada..... tú dices si te encampanas.....

Bajo la bandera de las revoluciones, en todos los pueblos de la tierra, no sólo en el de Morelos, se ha ocultado el asesinato, el robo y el pillaje.

Por eso los más nobles y altísimos ideales libertarios han fracasado en los campos sangrientos de la lucha, donde, en vez de fecundarse, por lo general se esterilizan todas las buenas causas.

Ello se debe a que las revoluciones destruyen sin edificar,

(1) Nombre cariñoso entre amigos de confianza. Es sinónimo de *Vale*. Estos términos son tan vulgares, que no sólo son usados exclusivamente por el pueblo, sino por los jóvenes de cierta cultura y clase más elevada.

y pocas veces las brechas que abren pueden aprovecharse como camino nuevo para las debidas evoluciones.

Por otra parte, nunca ha sido el esclavo el que logra emanciparse por sí mismo, puesto que no tiene en sí los elementos necesarios para ello, y en todos los pueblos de cultura nula, son los caudillos los que mueven y manejan a las masas inconscientes que sirven lo mismo para un barrido que para un fregado, y que toda la vida no hacen otra cosa que ir al mata-dero, sirviendo de escalón a los audaces.

\* \* \*

En Cuautlixco éramos esperados por la gente del pueblo con marcadas muestras de simpatía y de entusiasmo.

Para aquella gente, nuestras tropas no eran hordas de latrofaciosos; eran legiones de ángeles buenos, mandados por Dios, para sembrar el exterminio, como justa venganza de treinta y cinco años de oprobio de los ricos feudales y de los déspotas caciques. Allí nuestras tropas aumentaron considerablemente.

Montaño escribió la comunicación siguiente:

“Campamento revolucionario del Ejército Libertador del Sur en Cuautlixco, a 12 de mayo de 1911.—Al C. Jefe Político de la H. Cuautla Morelos.

“Deseando evitar el derramamiento de sangre hermana, prevengo a usted que si para mañana a las 6 a. m. las fuerzas que guarnecen esa plaza no la han evacuado para que tome yo posesión de ella, entraré a tomarla a sangre y fuego.—El general, *Emiliano Zapata*.”

El emisario que había llevado la comunicación regresó una hora después, trayéndonos por toda respuesta, en un pedazo de papel de oficio, sin más sello y sin más nada, las siguientes palabras.

“Emiliano Zapata.—Cuautlixco.—Venga usted a tomarla si puede.—*Flores*.”

La contestación de Flores, enérgica y digna, era esperada ya en esa forma; así es que los dispositivos de combate habíanse empezado. Nuestro enviado y los espías que teníamos exclusivamente para ello, nos dieron pormenores de la situación de Cuautla.

La plaza estaba guarnecida por trescientos federales del quinto regimiento, al mando del coronel Munguía y cincuenta rurales al mando del comandante Gil Villegas, valiente y trabajador soldado, en cuya persecución a nuestras huestes cada día fué más tenaz e incansable.

Estas fuerzas se habían posesionado de las principales alturas de la ciudad; había soldados en las torres de San Diego, de la Parroquia, de la iglesia del Señor del Pueblo, en las azoteas del palacio municipal, del hotel “Mora,” del teatro “Carlos Pacheco” y de la casa contigua, de la casa de enfrente propiedad de los señores Montero, etc.; en algunas calles, especialmente en las de las entradas, se habían levantado barricadas; en otras se había abierto fosas; en una palabra, los defensores habían procurado poner la plaza en las mejores condiciones de defensa.

Todo esto hacía prever que la lucha tendría que ser encarnizada y que se prolongaría por muchos días, pues en esas condiciones era bien difícil el asalto.

Nuestras fuerzas ascendían a más de cuatro mil hombres, y todos los que no estaban bien armados con buenos máuseres o winchisters, estaban provistos de morrales repletos de bombas de dinamita y la respectiva honda.

Todo el efectivo de nuestras tropas se dividió en varias columnas encabezadas por los principales jefes, quienes al frente de ellas salieron de Cuautlixco a posesionarse de las goteras de Cuautla por distintos rumbos. Cada columna llevaba su sección de dinamiteros.

El ataque desde su principio fué decisivo y encarnizado. Por todas partes llovían balas.

El fuego de fusilería era incesante, sobresaliendo con cortos intervalos el estallido que producían las bombas lanzadas por nuestros muchachos, y el acompasado traqueteo de la ametralladora, semejando el compás de una danza macabra. A esto tal vez se debe que nuestros muchachos hayan bautizado con el nombre de "bailarinas" a las ametralladoras.

\* \* \*

Después de cinco días de rudo combate, en que, justo es decirlo, los defensores de la plaza dieron pruebas de un valor que raya en lo increíble, las calles de Cuautla y sus alrededores, entre las cañas y en los terrenos pantanosos, estaban sembrados centenares de cadáveres, ya en completo estado de descomposición, lo que hacía que varias parvadas de zopilotes revolotearan fúnebremente sobre aquellos campos.

Una de nuestras primeras providencias desde el primer día, fué cortar el agua. Los efectos de esta medida, a los cinco días de sitio, hacíanse sentir horriblemente en los infortunados vecinos, cuya situación era verdaderamente angustiosa, pues faltos del precioso líquido, en el interior de sus casas empezaban a ser actores de escenas de dolor y de desesperación tal, que la pluma es incapaz de describir.

Por otra parte, empezaba a escasearse el parque a los defensores, diezmados materialmente. El coronel Munguía comprendió que todo esfuerzo en resistir hubiera sido inútil, pues en tanto que su gente mermaba, la nuestra se multiplicaba, porque donde caía uno, se levantaban diez. Haciendo un movimiento sorprendente de vigoroso empuje, de tal modo enérgico que no les fué dado a nuestras tropas contenerlo, Munguía rompió el sitio, replegándose a Yautepec.

La salida del coronel Munguía nos posesionó de la plaza, y entonces fué cuando nuestra gente, nunca ahita de sangre y de barbarie, se entregó a toda clase de atentados, esta vez autorizados por Abraham Martínez, que ya había adquirido un dominio preponderante en el ánimo de Emiliano y de todas las fuerzas.

—Dos horas de saqueo, pero no abusen, muchachos— dijo Martínez, quien había hecho ver a Zapata que era necesario dejar "que se dieran gusto los muchachos, ya que habían sufrido tanto y se habían portado tan bien durante este sitio."

Y aquella gente se esparció por la población, cometiendo cada atentado que horroriza. Unos se dedicaban a incendiar las casas de aquellos con los que habían tenido disgustos añejos; otros, cuyos deseos no eran de venganza, se dedicaban exclusivamente a robar lo que podían, entendiéndose que a la menor resistencia prestada por los propietarios, eran vilmente asesinados.

Hubo un momento en que la infortunada Cuautla era una inmensa hoguera, pues ardían a la vez más de veinte casas: el Palacio Municipal, el hotel Morelos, la escuela de niñas, la administración de correos, la tienda de don Dámaso Barajas, el hotel "Providencia," la casa de don Teodoro Montero, la tienda del súbdito español don Félix Díaz, el empeño de don Manuel Pérez, la casa de don Juan Arganes, "La Puerta del Sol," de don Alberto García, el teatro, las bodegas de la estación, etc., y habiendo quedado vacías totalmente todas las tiendas de ropa y abarrotes.

En el hotel Morelos desarrolláronse escenas verdaderamente horripilantes, pues el coronel Munguía estableció allí su hospital de sangre, donde estaban más de treinta heridos federales, la mayor parte en estado de suma gravedad, los cuales, sin tener fuerzas para salir de aquel lugar, lanzaban ayes desesperados, quedando al fin carbonizados por las llamas.

La muchedumbre desenfadada se entregó a los más asquerosos atentados, tal como ya lo hemos visto en los ataques a Yautepec y Jonacatepec; pero en ninguna parte con más escarnio que en la mil veces infortunada Cuautla, pues los sufrimientos que ha tenido esta risueña ciudad bajo el azote implacable de la revuelta, no lo ha tenido pueblo alguno de la tierra.

No hay una sola calle de la población donde no se encuentren dos o tres edificios derruidos, cuyos muros amenazan desplomarse y ostentan aún negros manchones de humo, que dibujan las siluetas de las lenguas de fuego que los devoraron.

En la única casa de asignación del pueblo (aquí dejó la palabra a don Quirino, el tribuno defensor de las cocottes), aquellas infelices asiladas fueron víctimas de las vejaciones más horripilantes. Las vejaciones de que son víctimas estas hijas del vicio en la ciudad de México por los agentes de sanidad, no son, ni con mucho, un vago reflejo de lo que sufrieron las meretrices de Cuautla.

Dos de aquellas mujeres murieron en pocas horas a consecuencia de los excesos brutales de cientos de hombres que pasaron sobre sus cuerpos.

Este atentado, como todos los cometidos por las chusmas libertinas, era coreado por una algarabía satánica que desbordaba en delirio infernal.

Y los crímenes, los atentados contra la propiedad, contra la honra; los atropellos, los asesinatos más escandalosos, sucedíanse sin interrupción en la heroica Cuautla, gloriosa testigo en un día de las épicas hazañas del gran Morelos y hoy profundamente sacudida y profanada por las hordas salvajes del pueblo enfurecido.

\* \* \*

Nuestro cuartel general continuaba en Cuautlixco, de donde no se había movido Emiliano.

En Cuautla estaban Eufemio, “el Tuerto Morales”, “la Becerra”, Neri, Martínez, Salazar, Chucho Jáuregui, Capistrán, Portugal y otros muchos, cuya lista sería interminable.

De los hogares eran sacados sin ningún miramiento, en medio de la angustia más desesperada de las familias, todos los hombres que no eran gratos a la gente de Zapata.

Así fueron substraídos de su casa los hermanos Felipe y Alberto Montero, el español don Félix Díaz, prototipo de la bondad y de la honradez; don Teófanés Jiménez, hombre de especial mención por su altruismo y por su verdadero amor a la patria chica. A don Teófanés Jiménez, la población de Cuautla debe muchos y muy grandes beneficios, por más que haya algunos que se atreven a censurar los actos de aquel viejo noble y patriota.

A todos los vecinos que sacaron de sus casas, los ataban; a varios los descalzaron y, llenándolos de oprobios y vejaciones, en medio de gritos y blasfemias, los condujeron a Cuautlixco, donde se les formó el cuadro para fusilarlos; pero, afortunadamente, aunque después de muchas dificultades, Emiliano les perdonó la vida y los puso en libertad.

CAPITULO XXV

*La coronela Pepita Neri*

En un barrio populoso de la culta Ciudad de los Palacios, vivía en una modesta vecindad, una pareja de recién casados.

Ella de ojos negros y muy grandes, tez apiñonada, espesa cabellera negra, semejando haces de bruñido alabastro; sus rojos labios, gruesos y sensuales, escondían dos hileras de perlas engarzadas en coral. La protuberancia de sus senos palpitantes, sus anchas caderas, las morbideces de sus brazos casi siempre desnudos, sus mejillas sonrosadas y, en fin, todo un conjunto de bellezas hacían de aquella mujer un encanto verdaderamente atractor.

El, joven como ella, alto, delgado, rubio, de ojos grandes azules, apuesto y gallardo, era un pobre escribiente de un ministerio.

Todo su afán lo cifraba en su esposa, a quien consideraba como su único Dios.

No es extraño que bajo un cuerpo hermoso se oculte una alma perversa.

Ricarda, hermosa de cuerpo, no era más que una aventurera en embrión que, muy lejos de corresponder los afanes y el amor de su esposo, después de pasados los albores nupciales, se entregó a una vida libertina de prostituta, no obstan-

te que en su seno ya latía un nuevo sér, hijo de los besos castos del esposo engañado.

La pérfida Ricarda ocultaba, naturalmente, ante los ojos de Armando, todas sus asquerosidades y todas sus infamias; y como éste la adoraba, no dudaba de ella.

En una casa clandestina de por las calles del General Rocha, a donde asistían los viejos ricos y poderosos magnates, Ricarda conoció a uno de los más encumbrados en la época. Esto ocurría por el año de 1905.

Aquella mujer, jamás ahita de placeres sensuales, no obstante estar ya en cinta, pretendiendo disimularlo con el apretado corset, pudo atraerse de modo dominante a aquel viejo magnate.

El amor besánico de éste para Ricarda era inmenso; pero como en muchas ocasiones, el esposo era un impedimento para las salidas furtivas de la esposa infame, ésta, de acuerdo con el amante, que disponía de valiosos elementos, como la misma policía, acordaron asesinar al incauto Armando.

El debut de Ricarda en su vida de crímenes fué la persona de su mismo esposo, que tanto la amaba, primer asesinato cometido con todo lujo de crueldad, de infamia y de impunidad, que constituía el primer eslabón de una interminable cadena de asesinatos cometidos de un modo tan salvaje, que su narración crispera los nervios y eriza los pelos del mismísimo Zapata.

\* \* \*

Esa noche Armando llegaba sonriente y amoroso como siempre, llevando un paquete de bombones para su adorada "Rica."

Más temprano que de costumbre, Ricarda invitó a su esposo para que se sentara a la mesa.

—Te noto algo excitada, Rica—dijo Armando a su esposa, que no podía disimular las pasiones infernales que dentro de su alma pervertida se desataban en contra de aquel hombre que no había cometido más crimen que adorarla ni más delito que ser pobre, pero entregándose a ella en cuerpo y alma.

—Hice un colerón tremendo—contestó con refinado tono de hipocresía aquella hiena.

—¿Quién te ha hecho enojar, mi cielo?

—Epifanía; pero ya la despedí y ahora tengo una mujer muy seria, que me la recomendaron las vecinas del 20.

A la sazón se presentaba en el comedor una mujer tosca, cacariza y de aspecto repugnante.

—Yo no sé por qué me da mala idea esta mujer—dijo Armando cuando ésta se hubo alejado.—Temo que te cause mayores disgustos que la otra—agregó.—¿Cómo se llama?

—Francisca—contestó Ricarda.—No debes juzgar; si no sirve, la despacho y que venga otra.

La Francisca aquella era una de tantas viejas que se ocupan de conseguir aventureras a las dueñas de lupanares y que había sido enviada por aquel magnate para que estuviera a las órdenes de Ricarda a la hora del crimen.

Como si Armando presintiera que la muerte se le aproximaba, se puso de un momento a otro sumamente triste.

—¿Qué tienes?—dijo Ricarda.—¿Te ha enfadado que venga esa criada? No te enojés—agregó,—que mañana mismo ya no estará en esta casa, te lo juro.

La cena pasó sin más incidentes.

—Toma tu cafecito, nene,—dijo la hipócrita, moviendo ella misma con la cucharilla el terrón de azúcar que había echado en la taza de café que tenía enfrente Armando. Después, con toda sangre fría la acercó a los labios de su marido, quien volvió a ella una mirada de supremo amor.

Armando apuró el café en dos sorbos, sin que Ricarda le despegara la taza de los labios.

—Me siento mal—dijo Armando.—El café me ha hecho daño, sin duda, por la contrariedad que he tenido al saber que tú te has disgustado con la criada

—No te afijas, vámonos a acostar y allí te curaré—dijo la esposa infame, que rebotaba de alegría diabólica, porque veía que ya empezaba a hacer su efecto la morfina que la criada Francisca había colocado en el café.

—Vámonos—dijo Armando, quien al pretender ponerse de pie, cayó como un plomo sobre su asiento.

—Estoy bien mal—agregó el esposo, levantando trabajosamente la cabeza,—siento una flojedad inmensa en todos los músculos.....

Y ya no terminó la frase, porque un vómito se la cortó.

—¡Agua, nena, que me muero.....—dijo débilmente Armando, pretendiendo estrechar la escultórica mano de su esposa, quien la retiró bruscamente y con desdén.

—¡Francisca, Francisca! ¡Venga pronto, atranque la puerta de la azotehuela y apague la luz de la cocina..... venga pronto que ya está dado el golpe—dijo la asesina a la vieja que tras de la puerta había observado desde un principio.

—¡Infame!—rugió Armando, que había comprendido todo, en un supremo esfuerzo de dolor y desesperación.—La maldición del hombre que tanto te amó, caerá sobre tí hasta aniquilarte.....

Y pesadamente se desplomó de la silla, quedando tendido en el suelo.

—Ya se acabó—dijo Ricarda restregándose las manos llena de alegría satánica.—Ya se acabó esta vida de infierno, Francisca..... Le digo a usted que eso de estar sujeta a un empleadillo, es lo peor, ¡caracho! Ahora sí soy libre, y siendo querida de X, me dará mucho dinero, y yo podré estar con todos los hombres que se me antojen.

—Ayúdeme—agregó la asesina. La vieja permanecía estupefacta ante la sangre fría de aquella mujer.—Vamos a poner a éste en la cama, y después se sale usted de la recáma-

ra y cuando la llame me amarra como hemos quedado; luego salta el balcón, procurando que quede bien cerrado, y se marcha.

Entre las dos mujeres colocaron en la cama el cuerpo de Armando, todavía tibio, acostándolo con los pies colgando.

Ricarda sacó de su ropero una daga nuevecita.

La vieja comprendió la escena que iba a sucederse, e inmediatamente se salió de la recámara.

La asesina tiró bruscamente del chaleco y la corbata de su esposo inerte, y después se alejó dos pasos de su víctima para observarla, como el pintor observa su obra.

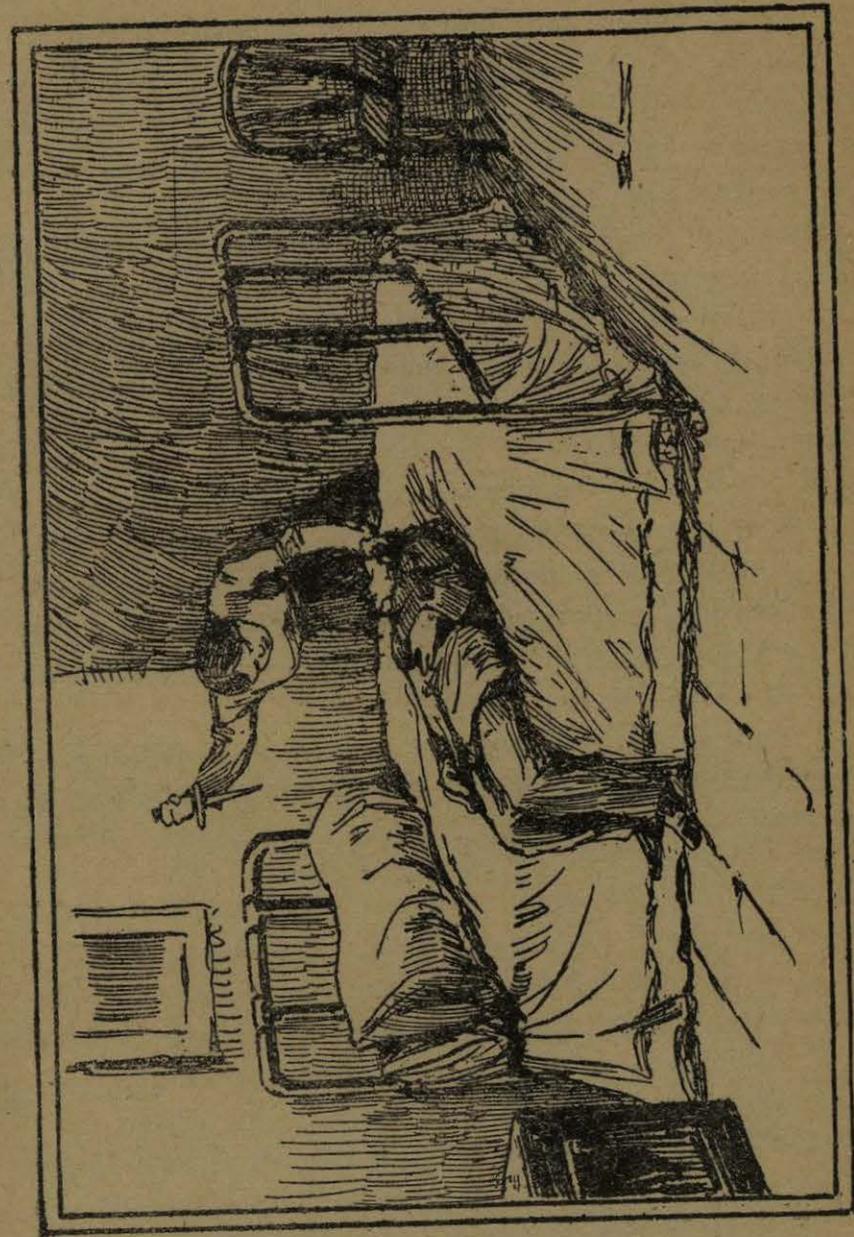
—Así está bien—dijo para sí,—mañana los periódicos dirán que hubo una lucha encarnizada, y como a mí me encuentran amarrada de pies y manos.....

Con una tranquilidad pasmosa, clavó varias veces el puñal en el pecho de aquel cuerpo exánime, de cuyas heridas manó la sangre de Armando a borbotones, extendiendo sus manchas rojas en las ropas blancas del lecho nupcial.

\* \* \*

Al día siguiente, todos los diarios de la capital daban la noticia del asesinato misterioso perpetrado en la persona de don Armando R., empleado del ministerio H. Agregando como nota complementaria, que don X., el filántropo don X., se haría cargo del sostenimiento de la infortunada viuda, que lloraba amargamente la pérdida de su esposo, y cuya situación era bastante difícil, porque estaba a punto de alumbrar.

Dos meses después, la cruel asesina dió a luz una hermosa niña rubia, de ojos azules, que era el vivo retrato de Armando. Cuando esta niña tuvo uso de razón, se le hizo creer que don X. era su padre.



Con una tranquilidad pasmosa clavó varias veces el puñal.....

\* \* \*

Como el crimen había quedado en el misterio, sólo por una indiscreción de la vieja que todo lo sabía, cometida en una ocasión en que estaba borracha, la voz de la calle comenzó a señalar como única autora del asesinato de Armando a su propia esposa.

Parece que es una gran verdad aquello que del cielo a la tierra no hay nada oculto.

Las circunstancias políticas del país hicieron que don X. marchara a Europa, y como la madre de Armando empezara a destapar aquel misterioso asesinato de su hijo, Ricarda Zentenas, que era el nombre completo de aquella mujer maldita, de la noche a la mañana se evaporó como por encanto.

Poco tiempo después, días antes de que estallara la revuelta de 1910, que principió en Puebla con los sucesos de Aquiles Serdán, reapareció esta asesina con el nombre de Benita Vardera, haciendo propaganda revolucionaria en los Estados del sur de la República.

¿Y estos monstruos humanos son en la revuelta los reventores y los reivindicadores de la justicia? ¡Baldón para la humanidad!

\* \* \*

De entre las ruinas humeantes de una de las casas de la calle real de Cuautla, salía la coronela Pepita Neri con las manos ensangrentadas, cargando trabajosamente una pequeña caja de hierro que, cuando se hubo saltado la chapa, sólo se encontró una barra de plata, pues la moneda se había fundido.

Fuertes ayes e dolor salían de aquel sitio que había abandonado precipitadamente la coronela.

Alguna vecina se acercó para prestar auxilio.

Era una mujer sirviente de aquella casa que, después de que nuestra gente húbese sosegado un poco, se aventuró a ir en busca de una caja que ocultaba en cierto lugar, por lo que no habían dado con ella los muchachos, y donde tenía guardados todos los ahorros de muchos años.

La coronela, que había observado los movimientos de aquella mujer, se echó sobre ella, clavándole un puñal en mitad de la espalda para quitarle aquel tesoro.

Pepita Neri no era otra que la agente revolucionaria Benita Vardera, o la asesina de Armando, Ricarda Zentenas.

La crueldad con que comete sus crímenes esta hembra hija del infierno, hace estremecer de horror a nuestros hombres más sanguinarios. Esta es la coronela que se goza quemando los ojos a las reses que encuentra en el camino, colocándoles hierros candentes. Esta es la que, cuando no tiene gente a quien matar cruelmente, se goza arrancándoles tiras de cuero a los novillos vivos, para deleitarse con sus bramidos, cuando los hombres los tiran en el suelo ya para matarlos.

Esta es la que comete los crímenes monstruosos que se le achacan a Zapata.

Con todo y que después del asesinato que cometió en Cuautla la mentada coronela por apoderarse de la caja aquella, fué despachada por Emiliano, porque siendo tan degenerada en sus apetitos sensuales, jamás saciados, sembraba en el campamento la discordia entre los jefes, y siendo tan sanguinaria, sin necesidad, desprestigiaba la causa, Pepita se ha encontrado de cuerpo presente en los asaltos más renombrados, como los de La Cima y Ticumán.